

Palacio Municipal. Fachada.
Se construyó para aduana de tabacos y residencia del factor, terminándose en 1790.
La sobria fechada barroca ostenta dos principales acentos: primero el eje de entrada, marcado por el zaguán con balcón sobre él y por remate el airoso imafrente; y segundo, el balcón angular que se abre a cuatro calles y abraza al edificio en la esquina.



Palacio Municipal. Portada.
Este noble palacio alojó, a partir de 1824, al Gobierno del Estado, hasta que al establecerse éste en el antiguo Seminario, el inmueble fue destinado para asiento de los Poderes Municipales.



Palacio Municipal. Angulo del patio.

Columnas de fuste monolítico, arcos cruzados y sencillez decorativa hacen de este rincón un buen ejemplo de cómo el barroco trabajó en Morelia.



Palacio de Gobierno. Patio principal.

Edificio construido para Colegio Seminario entre 1732 y 1770.

Sede del Poder Ejecutivo estatal desde la segunda mitad del siglo XIX. Con sus tres patios, amplias escaleras y dependencias constituye el monumento de arquitectura civil barroca más importante de la ciudad. La ligera y noble proporción de sus arquerías funde el esquema y trazo del renacimiento con la discreta y fina molduración barroca que lo ubica en el tiempo.



Antigua Alhóndiga. Portada.

La antigua alhóndiga de Valladolid se construyó en la segunda mitad del siglo XVIII. La espectacular portada es clara muestra de ese rigor geometrizable de tendencia planimétrica, intenso claroscuro y nulas vegetaciones que da carácter al barroco en Morelia.

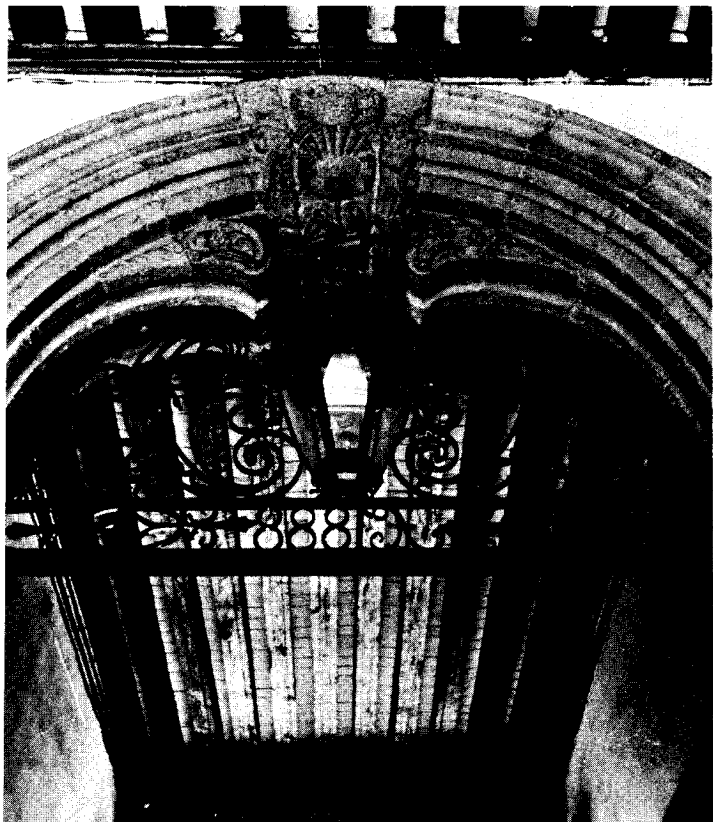


Museo Michoacano. Balcón.

La recia cantera de la ciudad se doblega por la fuerza expresiva del cincel y deja brotar en torno a los huecos, ricos enmarcamientos que se apoyan en el vuelo de vigorosos repisones y se protegen bajo voladizas pestañas y cornisas con empaque de dosel.

Museo Michoacano. Clave del arco doble sobre la escalera.

Alarde de estereotomía y bien construir por medio de la cantera, es este doble arco que da acceso a la escalera. Notable, además, porque el trazo de los arcos no es rebajado o escarzano, sino medios puntos, de manera que la piedra central es clave, salmer y pinjante a la vez, lo que se manifiesta con una sensación de inestabilidad que proyecta en el espectador una muy barroca angustia de estabilidad constructiva.



Museo Michoacano. Arco del portón en el cubo del zaguán.

Arcos de cantería, hierros forjados y viguerías en las techumbres, son constantes en la arquitectura civil de la ciudad hasta principios de este siglo.



Museo Michoacano. Patio.

La hermosa residencia se erigió a mediados del siglo XVIII. En 1775 don Isidro Huarte, padre político del emperador Agustín de Iturbide, completó la planta alta. En esta casa se alojó en octubre de 1864, Maximiliano de Hapsburgo, durante su visita a la ciudad, por lo que bien puede decirse que su belleza arquitectónica la hace digna mansión de emperadores.

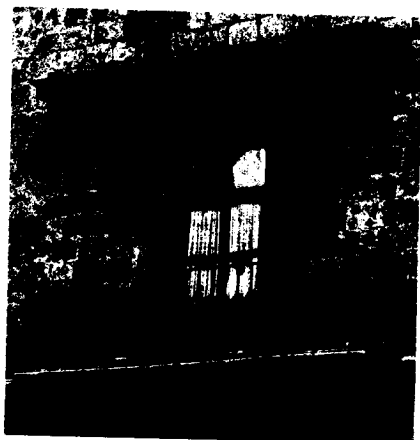


Museo Michoacano. Desembarque de la escalera.



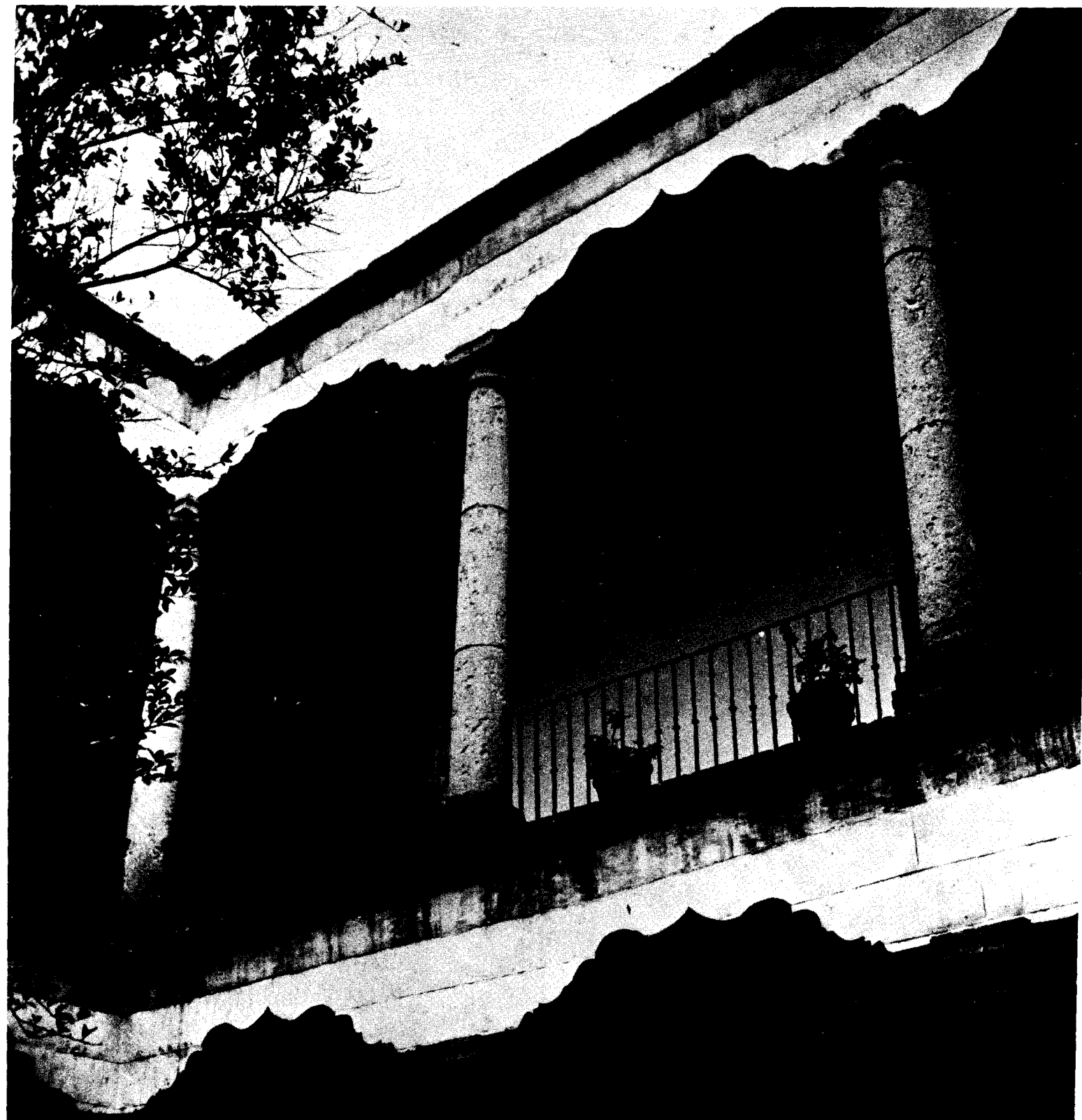
Casa en Av. Madero Poniente, 485. Fachada.

Significativo ejemplo de casa colonial moreliana por su aplomo y equilibrio en la distribución de los vanos, así como la jerarquización de ellos. Por la cantera como material constructivo básico y la discreción de los ornamentos geometrizarantes en los vanos laterales y el imafrente de remate y por sobre todo, debido al juego que hacen zaguán y balcón, este último sobre volado repisón y protegido por un alero de piedra con su solera o madrina en el fondo, cinco zapatas o canes, hacia el frente, y la respectiva tapa superior, todo en piedra, lo que hace de este balcón un ejemplo típico, pues estos aleros pétreos son únicos de la antigua Valladolid.



Casa en Av. Madero Poniente, 485. Patio.
Sencillo patio que con su arquitectura escueta y elemental predica la ancestral introversión de la vida doméstica, como se la concebía en siglos pasados.

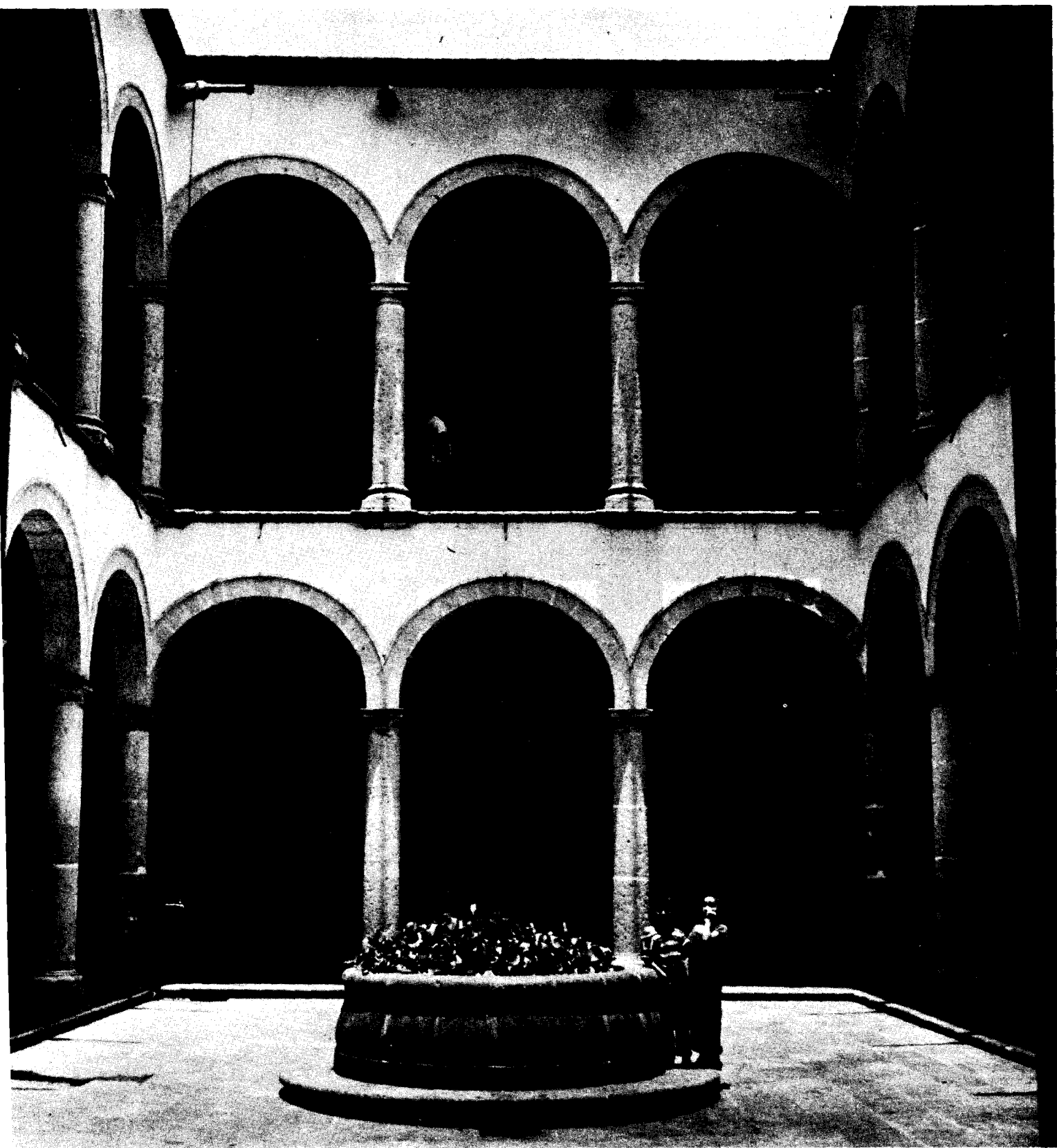




Casa de Morelos. Patio.

A su sencilla belleza este patio añade el mérito histórico de haber cobijado los pasos y pensamientos del ilustre héroe de la Independencia, generalísimo José María Morelos y Pavón.

La casa se construyó de un solo piso en 1758; en 1801 la adquirió Morelos y en 1809, vísperas de la revolución de Independencia, le edificó la planta alta, con el respetuoso cuidado de repetir en lo alto las formas barrocas originales de mediados del siglo XVIII, sobre todo en el mixtilíneo trazo de las zapatas y gualdras que nerviosamente danzan sobre las columnas recibiendo las viguerías.



Casa en la esquina Santiago Tapia y Benito Juárez, oficinas de la Secretaría de Salubridad . Patio.

Patio neoclásico, erigido en el siglo XIX dentro de lo que fue una parte del palacio episcopal. La arquitectura neoclásica prolongó al través de la centuria pasada y aún hasta principios de la actual, el sentido de sobriedad y grandeza de los patios coloniales de tal manera que un cierto matiz de pureza clasicista hermana los barrocos siglos coloniales con el academismo decimonónico. Patios como éste abundan todavía en la ciudad y no son tampoco escasos los ejemplos de arquerías recientes que no se resignan a dejar desaparecer del todo tan noble tradición ininterrumpida en Morelia.

PATZCUARO

PATZCUARO



Pátzcuaro es la ciudad símbolo de Michoacán, todo en ella contribuye para hacerla representativa; la belleza de su lago y el paisaje que le rodea, el prestigio de su historia indígena y hasta lo poético de su nombre, ya que Pátzcuaro significa: “la Puerta del Cielo” (*). Y muy especialmente, desde el punto de vista arquitectónico, la ciudad expresa la tipicidad michoacana por excelencia debido a su carácter serrano, de calles que suben y bajan enmarcando los muros encalados, entre la rugosidad de los empedrados y los aleros que asaetea el espacio, bajo los surcos de la roja tierra cocida de los tejados.

Entre las dos texturas de calles y techumbres los paramentos lisos de los muros abren sus vanos con la alegría y el lujo de sus enmarcamientos de piedra, ornados a través de centurias, de tal manera que en las portadas y los marcos de balcones y ventanas, como también en la danza rítmica de los arcos y soportales de plazas y patios interiores, la piedra ha dado, en Pátzcuaro, alojamiento y respuesta a la minucia graciosa del plateresco, al caracoleo barroco y a sus floraciones, así como al académico empaque del neoclásico y aun a las eclécticas aportaciones de fechas más recientes; más, todas estas manifestaciones se muestran bajo el secular manto unificador de los tejados que ha permitido libertades y cambios estilísticos en los paños verticales, pero ha obligado también a una armónica contención, al posar serenamente los aleros a lo largo de todas las perspectivas urbanas de la ciudad.

La nota regional y más característica de la arquitectura de Pátzcuaro estriba en su conciencia del paisaje circundante, pues no se olvida en ningún momento que la ciudad es de serranía húmeda y boscosa y se emplean así los materiales más apropiados y a la mano; la tierra misma se verticaliza como adobe en los muros y se recuesta en el barro cocido de las tejas, y entramada con la abundancia de madera hace el material constructivo básico para los edificios, encargándole al cincel artista que aplique la cantera, compacta y de bellos tonos naranja, que dé distinción y estilo a los elementos de mayor bizarría constructiva como son portadas, torres, arquerías, fuentes, remates y demás detalles ornamentales.

(*) Véase al respecto a José Corona Núñez, *Mitología Tarasca*, Fondo de Cultura Económica. México, 1957, p. 94.

Así, Pátzcuaro presenta nobleza monumental sin pretensiones metropolitanas, pero a la vez con tal refinamiento, que la impide ser rústica, y su arquitectura constituye la hidalguía de provincia en su más elegante expresión.

Por lo acertado y lógico de su adaptación al medio, es natural que la ciudad sea representativa de toda la región, ejemplo y arquetipo de lo michoacano, pues en ella se resumen cualidades que vemos repetirse en otras ciudades vecinas; desde luego, en las poblaciones menores que rodean el lago y en las que Pátzcuaro influye e irradia su carácter como en artístico sistema planetario. Pátzcuaro, como nos lo dice la Crónica de Michoacán (*), fue el lugar que para los indígenas en la época prehispánica “tuvieron sus antepasados en mucha veneración y dijeron que aquí fue el asiento de sus dios *Curicaueri*. Y decía el *Cazonci* pasado que en este lugar y no en otro ninguno, estaba la puerta del cielo por donde acudían y subían sus dioses”.



Nuestra Señora de la Soledad.

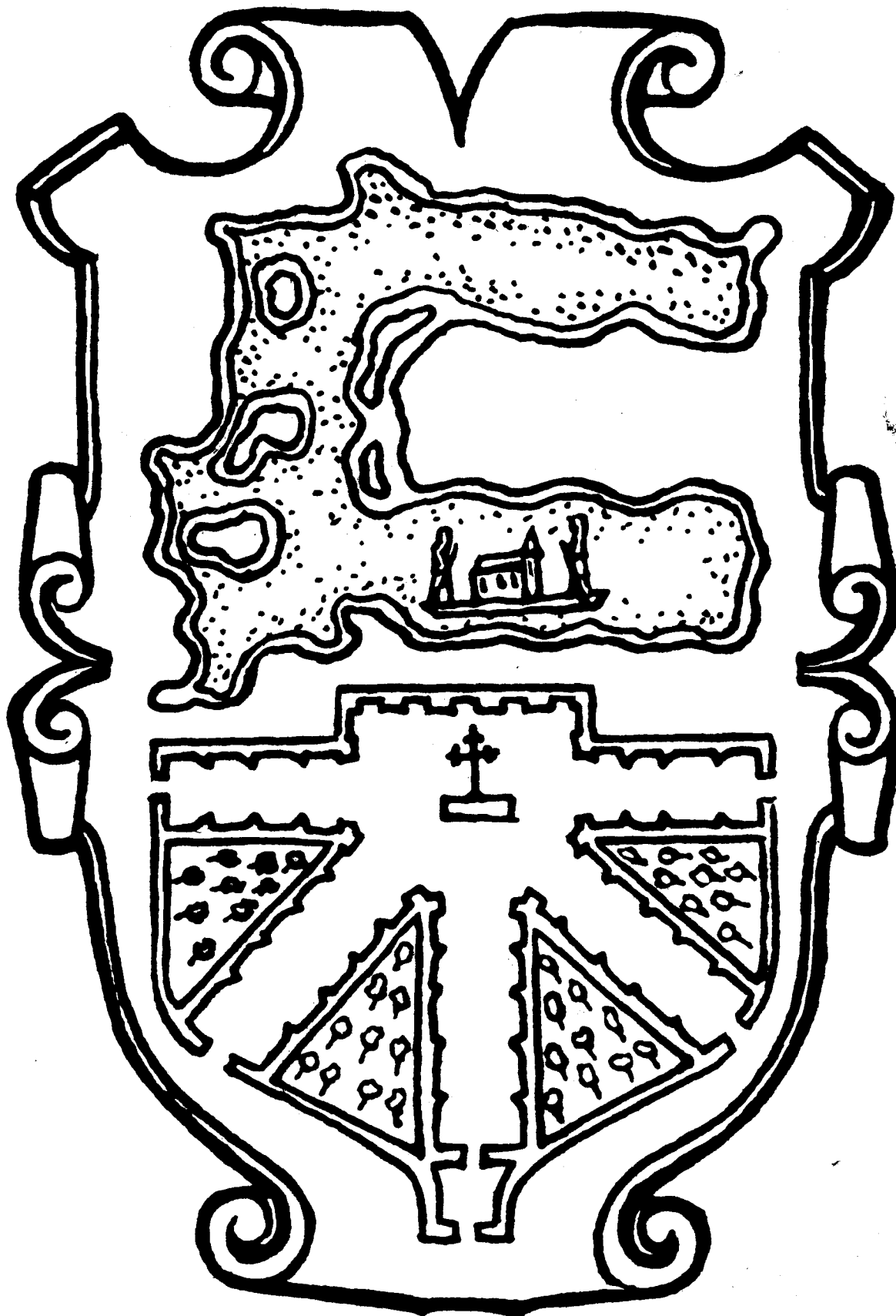
Hasta la fecha, Pátzcuaro sigue siendo la sede de la imagen más venerada de todo Michoacán: la de Nuestra Señora de la Salud, hecha de pasta de caña de maíz y cuyo santuario señorea a la ciudad y ha llegado hasta nosotros a través de numerosas reedificaciones sufridas desde la época colonial. Pero lo más célebre de este monumento es el recuerdo de su primer proyecto, cuando en este lugar establece don Vasco de Quiroga la sede catedralicia en 1539, donde permaneció hasta que el obispado se trasladó a Valladolid en 1580.

La primitiva catedral, proyectada en tiempos de don Vasco y que se comenzó a construir hacia 1545 o 1547, se pensó en forma insólita, como una gran iglesia de cinco naves convergentes a un altar central posiblemente colocado bajo una enorme cúpula, a la manera renacentista. Este edificio, que nunca llegó a concluirse y sólo en parte se realizó, fue objeto de controversias y, aunque inexistente, pervive su recuerdo en el escudo de armas de la ciudad otorgado por Carlos V en 1553, donde aparece la planta de la catedral en forma esquemática, haciendo juego con el perfil del lago. Pátzcuaro es pues, heráldicamente, un gran santuario junto al lago.

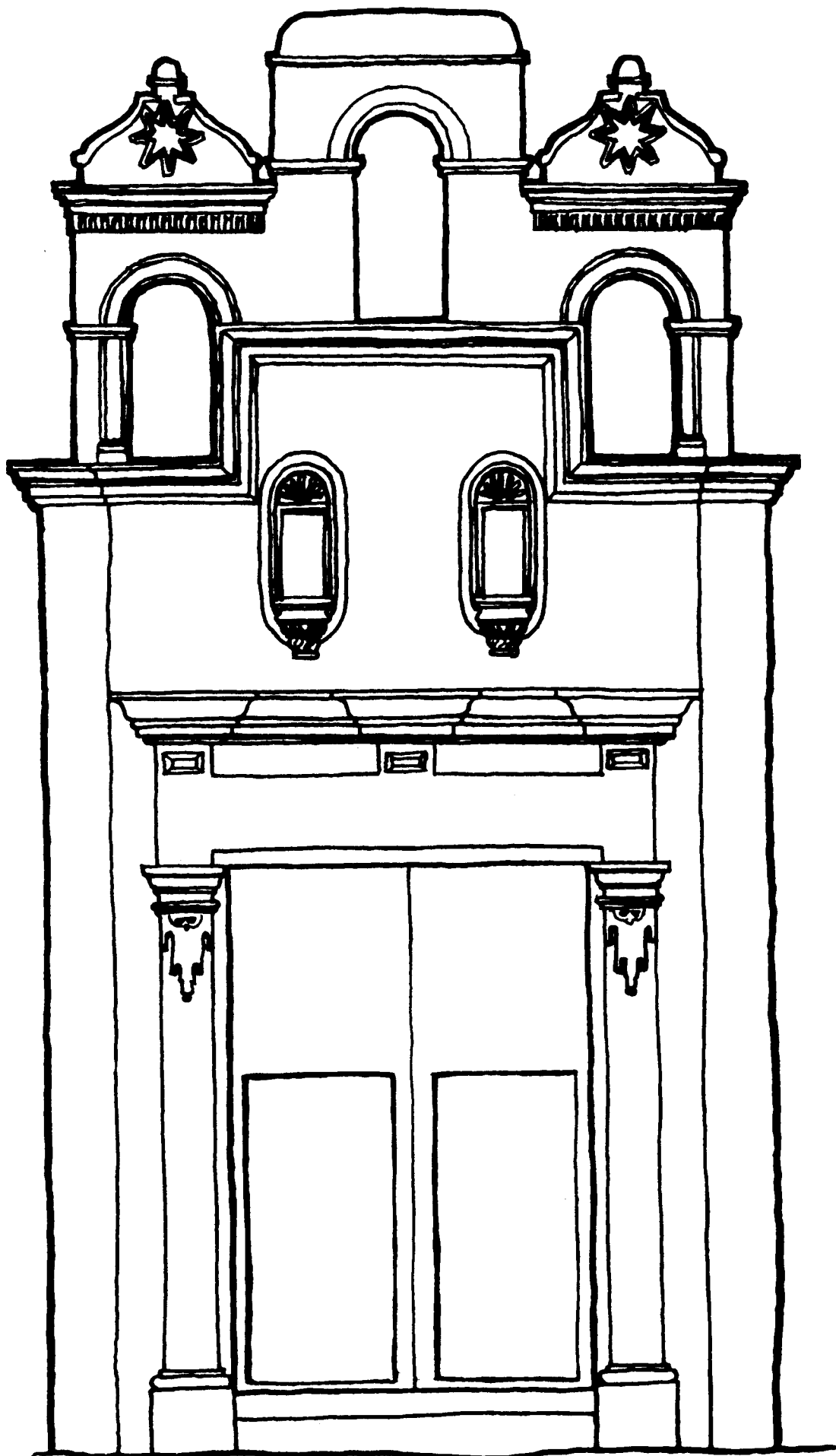
Otro recuerdo importante de Pátzcuaro como ciudad sagrada y que ahora caracteriza y hace único su trazo urbano, es que a diferencia de la composición y jerarquización urbanas, comunes a las ciudades virreinales, donde en torno a la plaza mayor se levantan unos junto a los otros, los edificios representativos de la religión y los del gobierno, en Pátzcuaro están separados, tal vez como el único y más claro resabio prehispánico de su importancia sacra, pues se los ubica en dos zonas con acentos diferenciales; una sección de culto religioso y educacional, que indica su primacía, en la parte más alta, hacia el oriente, marcada por la hermosa calle de Lerín, donde se ubican la Basílica de la Salud y las iglesias de La Compañía y el Sagrario, además de los colegios de San Nicolás y de La Compañía y el único convento de monjas que hubo en Pátzcuaro durante la época colonial, el de Santa Catarina, hoy conocido como “Los once patios”; es ésta, pues, una zona que agrupa los monumentos representativos de la religión y la cultura, mientras abajo, a una manzana de distancia se abre la “Plaza Grande” o Plaza Mayor, con su Palacio Municipal y las casas de mayor abolengo; es una plaza eminentemente cívica desde la cual la trama de las calles se abre procurando seguir una cuadrícula que no llega a ser estricta pues se encurva y ondula adaptándose a la irregularidad del terreno, sin descuidar el remanso de plazas y rinconadas menores, donde otras iglesias, casonas y fuentes públicas se lucen y aprovechan para dignificar estos espacios abiertos.

(*) Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la Provincia de Michoacán. Morelia, 1903, p. 157.

Así es Pátzcuaro, contraste y complemento entre lo rústico y lo refinado, de sencillez general e intensidad artística concentrada en un punto; su arquitectura, como el temperamento de sus habitantes, discurre con la lisura y suavidad de las ondas del lago que, en el momento debido y oportuno, hacen florecer crestas de espuma como el arte de Pátzcuaro concentra en determinados puntos ramilletes de expresión plástica.



Escudo de Pátzcuaro.





Colegio de San Nicolás.

Don Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, fundó el Colegio de San Nicolás en 1540, y lo llamó así en honor del Santo Patrono de su ciudad natal, Madrigal de las Altas Torres.

Poco después del traslado de las autoridades civiles y episcopales a Morelia en 1580, también se trasladó el Colegio, y allí permaneció como origen de la Universidad Michoacana, que es por esto la institución docente en funciones más antigua del continente.

El primitivo edificio, en Pátzcuaro, aloja actualmente al Museo Regional de la ciudad.

Arquitectónicamente, el edificio destaca por el conjunto que hacen su portada y espadaña barrocas, construidas en el siglo XVIII. Colocada en chaflán, sólo otras cuatro fachadas con esta disposición existen en México, de la época colonial, y son: La Inquisición, en México; La Casa Chata de Tlalpan; La Casa de Moneda, en San Luis Potosí, y La Casa del Conde de Súchil, en Durango.



Iglesia y Colegio de La Compañía.

En su último viaje a Europa, según parece, Don Vasco de Quiroga trató con San Francisco de Borja, a la sazón Superior General de La Compañía, para que vinieran los jesuitas a Pátzcuaro. En 1572 llegaron el Padre Juan de Curiel y el hermano Juan de la Carrera, finalmente el P. Provincial Pedro Sánchez vino a Pátzcuaro y tomó posesión de casa e iglesia el 19 de noviembre de 1574, quedando así establecido el segundo colegio jesuita del país, después del de México.

En 1580 la institución se trasladó a Morelia, pero quedó en Pátzcuaro el P. Francisco Ramírez, como vicerrector, a petición del vecindario.

En 1583 se dividieron las rentas del colegio entre Valladolid y Pátzcuaro, quedando como rector en Pátzcuaro el mismo Padre Ramírez.

La construcción del Colegio y el Templo existentes datan ya del siglo XVIII, y forman entre ambos un bello conjunto de sobrio barroco.

Iglesia de El Sagrario. Puerta del atrio al anexo.
Sencilla pero elocuente muestra de lo que el barroco dieciochesco dejó en Pátzcuaro.



Ex-Aduana Real. Ponce de León No. 16. Dintel de la portada.
El barroco, en Pátzcuaro, gustó de concentrar su riqueza en algunos puntos como sucede en el ornato mixtilíneo de este dintel.

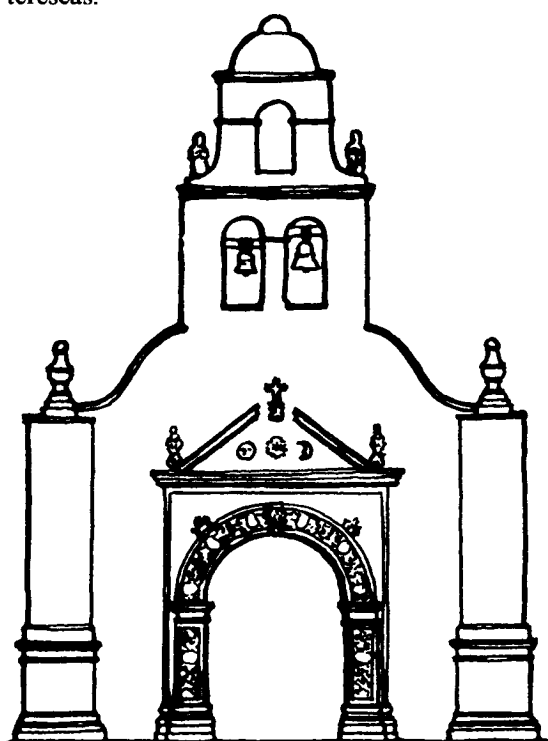




Capilla del Humilladero. Jamba de la portada.
Esta obra, erigida durante el primer tercio del siglo XVII, aunque francamente barroca, muestra, como en muchos otros casos michoacanos, reminiscencias platerescas.



Casa de los once patios.
Imposta de un arco.



Pátzcuaro. Capilla del Humilladero.

Casa del gigante. Corredor alto en el patio principal.
Esta noble mansión del siglo XVIII, fue residencia de los Condes de Menocal.



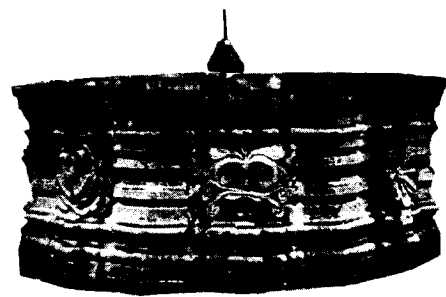
Casa de los once patios.
Patio y fuente del siglo XVIII, de gran prestancia en su breve dimensión.





Fuente de "Los guajes".

De principios del siglo XIX data esta singular fuente, cuyo diseño sirvió de modelo para la fuente "del toro", fechada ésta en 1837. Ambas fuentes forman parte de la tipicidad patzcuarense.





Basilica de Nuestra Señora de la Salud. Fachada.

Aquí se venera a la patrona de Michoacán, Nuestra Señora de la Salud. El templo se levanta sobre sitio que fue sagrado desde época prehispánica, lugar mismo que iba a ocupar la gran catedral proyectada por Don Vasco de Quiroga.

El actual edificio es consecuencia de una serie de intervenciones reconstructivas que vienen desde el siglo XVI. Terremotos del 7 y 10 de abril de 1845 arruinaron la obra colonial, de la que sólo quedan parte de los muros y el cubo de la torre actual. El campanario es obra del Arq. José María Llerena, quien lo construyó al mediar el siglo XIX. En 1883 don Ignacio Arciga, arzobispo de Morelia, consagró de nuevo el edificio; y de estas fechas data la fachada actual que sustituye a la barroca anterior.

Canónicamente el templo fue catedral hasta 1580, parroquia durante la Colonia y santuario desde el siglo XIX; en 1908 se erigió en Colegiata y finalmente en Basilica a partir de 1924.

Casa del gigante. Fuente en el patio.

El intenso claroscuro que produce la abundante molduración, da el tono barroco, distintivo de esta fuente. Los florones, antropofitos y querubines, en grueso relieve, dan por su lado una nota arcaizante.



San Jerónimo Janitzio. La parroquia.

El sencillo volumen del templo armoniza con las construcciones civiles, integrándose en la arquitectura de serranía típica también en las riberas de los lagos michoacanos.

San Jerónimo Janitzio. Torre de la parroquia.

El campanario neoclásico de la parroquia isleña prolonga hasta el siglo XIX la tradición regional de los campanarios aislados, y en este caso hasta supera con su esbelta reciedumbre pétrea la sencillez y fragilidad de los contruidos con adobe durante la época colonial.





San Pedro Jerácuaro. Jamba en la portada del templo.
Este bajorrelieve representando a San Pedro, une la gracia espontánea de un cincel primitivo, con una especie de barroco expresionismo muy cercano a la sensibilidad plástica contemporánea.

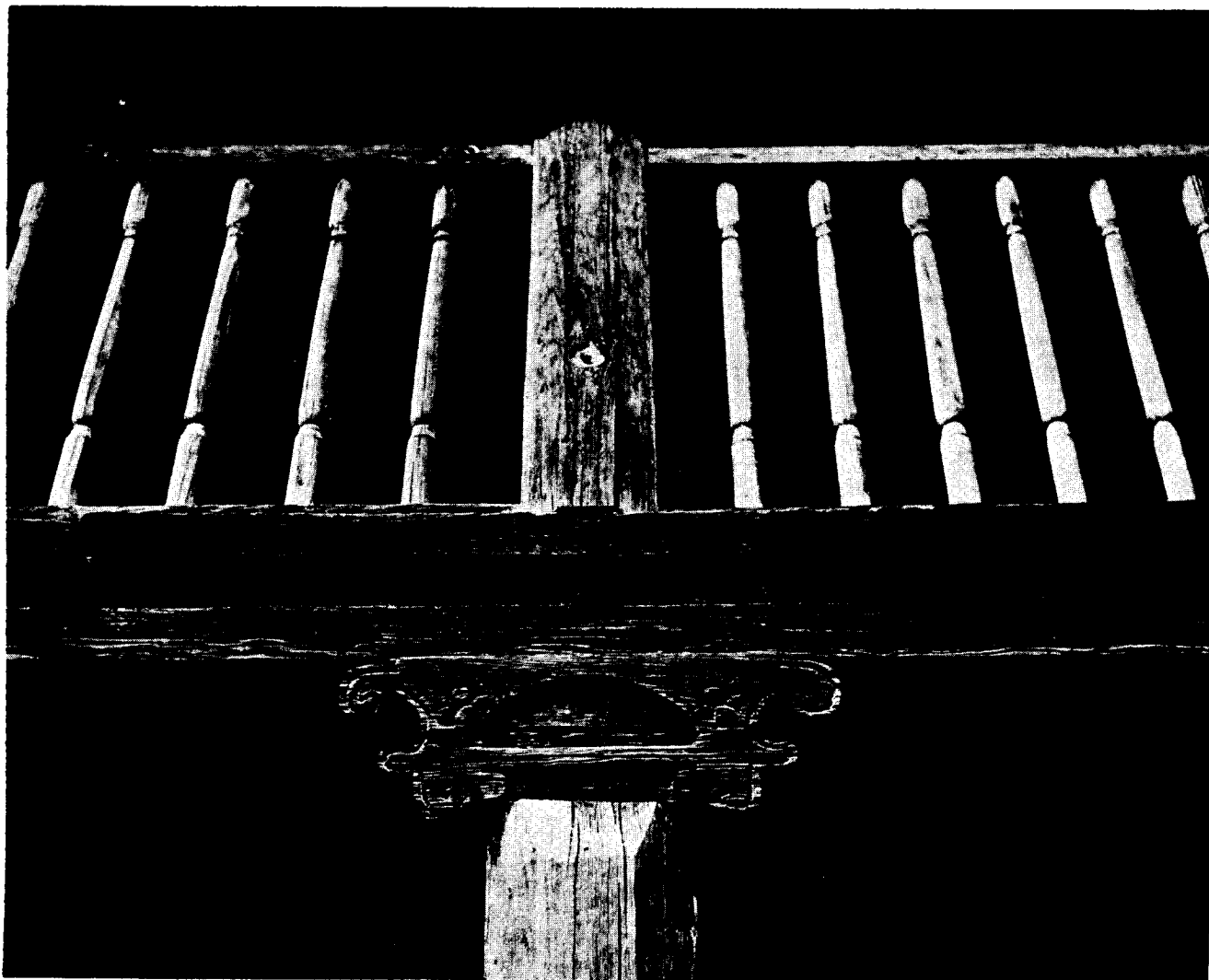


San Pedro Jerácuaro. Patio de la casa cural.
Las características estructuras leñosas de Michoacán, muestran muy acentuados ecos de hispánico mudéjarismo.

Arocutín. Portería en la casa cural.
Una mezcla de humildad y nobleza
impregna la arquitectura de mayor
tradición y arraigo en la región cen-
tral y las zonas lacustres de Mi-
choacán.



Arocutín. Portería de la casa cural. Detalle de zapata y barandal.
Lo vulnerable del material leñoso no sólo no impide sino mejor facilita primores de ejecución, como en el diseño
fantasioso de esta zapata barroca.





Aranza. Detalle del coro en el templo.
La carpintería es el ingrediente estructural y estético más representativo en la vieja arquitectura colonial de la región lacustre que Pátzcuaro preside.



Santa Cruz Tancítaro. Casa típica.

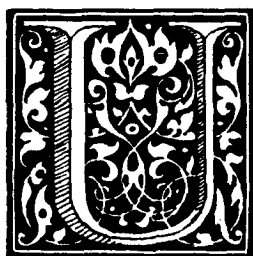
Señorío en las generosas proporciones y una clara jerarquización de las funciones que cumplen los vanos, como son: puerta de entrada, después balcones y finalmente la "tienda", todo unificado bajo el protector vuelo del alero, hacen de esta fachada un ejemplar donde la presencia de la madera, hasta en los enmarcamientos, reitera el carácter michoacano de la construcción.



Pátzcuaro. Monumento a Don Vasco de Quiroga.

**EL BARROCO EN MICHOACAN:
SOBRIO CARACTER DE EXPRESION**

EL BARROCO EN MICHOACAN: SOBRIO CARACTER DE EXPRESION



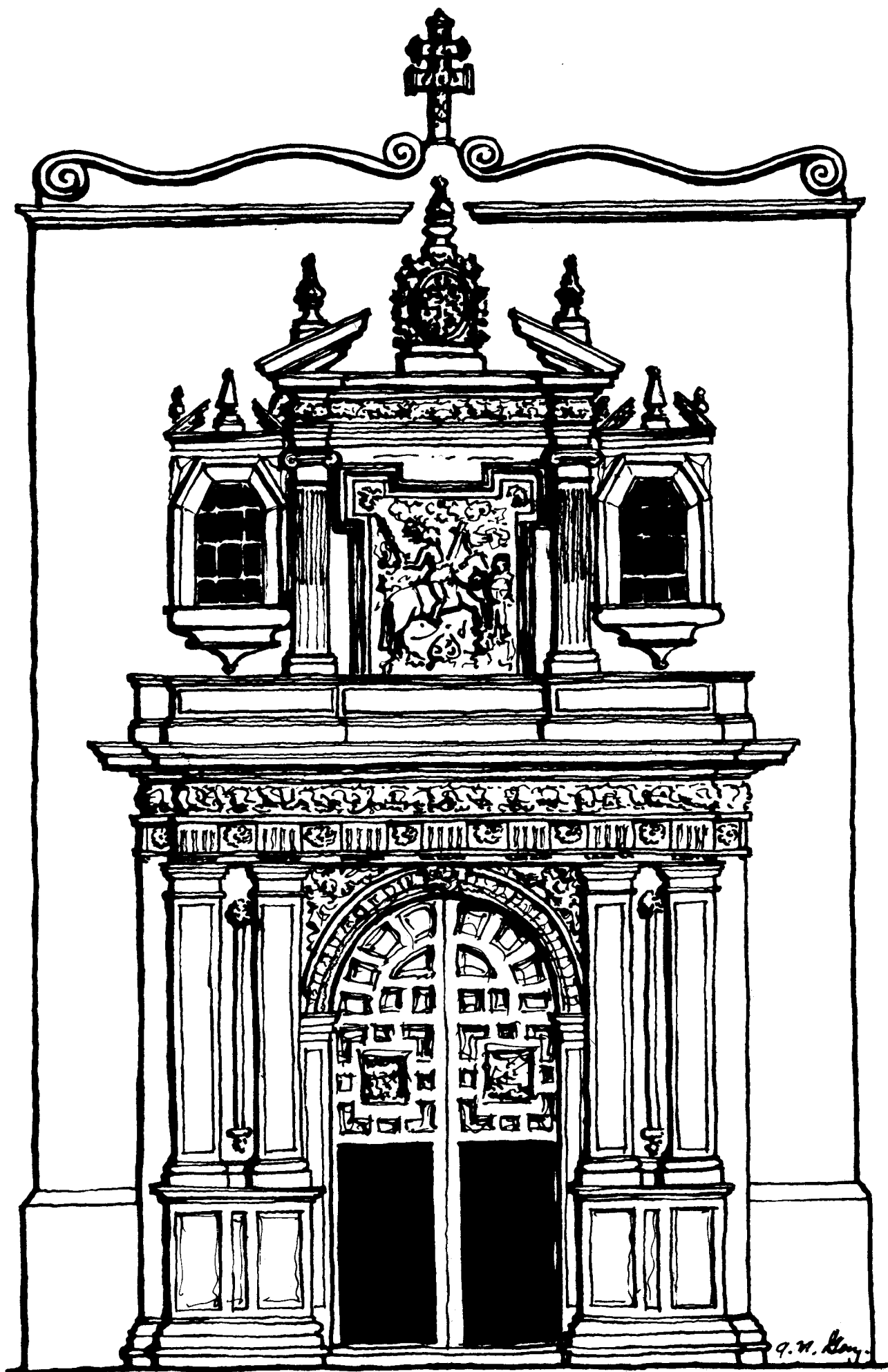
Un hecho de relevancia es el de que el barroco en Michoacán se haya manifestado de manera sobria y con acentos arcaizantes.

Durante los siglos XVII y XVIII la geografía michoacana se pobló de templos y casonas de aspecto más rural que citadino, donde portadas discretas, que no grandes fachadas, denotan el estilo de la época.

El barroco, donde mejor se acusó e hizo anidar su filigrana expresiva fue en los refulgentes retablos, posteriormente expulsados, unos por la fobia neoclásica, otros asesinados por la ignorancia; y los aún supérstites, agonizando por el abandono, confirman la impresión del paso de un barroco escaso aunque presente y no sin rasgos propios. Como centros para la producción y la difusión del estilo, destacan: Pátzcuaro en la zona serrana y lacustre del centro, y especialmente la vieja Valladolid, que con su capitalidad irradió por todo el territorio y aun en algunas áreas fuera de él, debido a su importancia episcopal, e influyó con su peculiar modalidad de barroco tablerado, en infinidad de monumentos.

Es notable que en tanto Michoacán erige la mesurada expresión de su barroco, sobre todo durante el siglo XVIII, en las regiones que lo rodean vibren los ricos exteriores hasta llegar al enfebrecimiento. Resulta muy significativo el que en todo Michoacán no haya ¡ni una sola gran fachada churrigueresca!, aunque la presencia del estípite es frecuente y hasta avanzada como sucede en las fachadas de la catedral de Morelia —fechadas en 1744— que cronológicamente tienen los primeros estípites labrados en piedra, después de los de la ciudad de México; es interesante el ensayo de la portada principal del templo mercedario en la misma Morelia, empezada churrigueresca, pero que ni fue concluída ni trascendió; como que no gustó.

Así pues, mientras estalla la pirotecnia pétrea del Sagrario y la Santísima en la capital y en Tepotzotlán, o se plasma en estuco este fervor plástico en las misiones de Sierra Gorda, en Querétaro, o se derrocha con generosidad minera en La Compañía, Valenciana, Cata o Marfil... en Guanajuato y Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas tienen a orgullo competir en este esplendor y hacia el sur refulge la gema preciosa de Taxco, y Puebla es un hormigueo de arte policromo y coruscante, o sea en fin, que todo el



Santiago Tuxpan. Portada del templo.

núcleo central de la Nueva España es tierra fecunda para el impresionante despliegue de frondas barrocas que cubren los exteriores, Michoacán parece rumiar su plateresco y degustarlo a tal grado que el barroco parece una prolongación de aquel, sobre todo en ejemplares de lugares recónditos, en la sierra, o levantados en contacto y en la vecindad de monumentos del siglo XVI.

Finalmente, sin pretenderlo, el estilo neoclásico también cayó en esta seducción de la sobriedad arcaizante, y el ciclo del arte colonial michoacano se cerró de manera que una tersura estilística corre a través de los tres siglos virreinales.

Lo michoacano muestra así un carácter distintivo en el cual los estilos discurren con suficiente libertad expresiva para marcar vigorosamente su época, pero a la vez con un reiterado tono de contención que evita los excesos.

En estas tierras, crear sin alarde y expresarse sin grito, es una especie de emblema artístico.





Jiquilpan. Dintel de una puerta.

Los relieves, tipo sello, se acomodan como recuerdo del siglo XVI en este fragmento barroco del siglo XVIII.



San Bartolo Uren. Portada de la Capilla del Hospital. Ejemplo de obra arcaizante, su factura, que debe datar del siglo XVII, bien parece el renacimiento del siglo XVI, ingenuamente interpretado.



Ciudad Hidalgo (antigua Tajimaroa). Portada de "El Hospitalito".

Esta portada se relaciona directamente con él y debe atribuirse al mismo autor de la muy similar del templo de "Zapateros", en Tlalpujahua, construida en la segunda mitad del siglo XVIII.

Ejemplo del arcaizante barroco michoacano, en el que se cuelan reminiscencias platerescas.

Santa Marta Jungapeo. Fachada de la parroquia.

Esbelto y fino ejemplo barroco. El vibrante primer cuerpo parece derivar de las obras metropolitanas del arquitecto Francisco Antonio Guerrero y Torres. El nicho del patrocinio enmarcado por dos pilastras losángicas, confirma el barroquismo dieciochesco de la obra.